

Eminentísimos Srs. Cardenales, Excelentísima Asamblea:

San Juan de Ávila escribió desde esta Ciudad de Montilla sus Memoriales a Trento. En un momento decisivo de la historia, el episcopado español convocado al Concilio buscó en él, y bien la halló, su sabiduría espiritual y prudente consejo. Agradecidos a sus clarividentes aportaciones trajeron desde aquella ciudad italiana un cuadro en honor de María Santísima de la Paz, que hoy veneramos en esta Basílica.

Hoy, casi cinco siglos después, es un día de especial gozo en el Señor. La Asamblea Plenaria del episcopado español, actora de la causa de su canonización y doctorado, ha tenido a bien peregrinar hasta el Sepulcro del Santo Maestro, una vez que su Santidad Benedicto XVI lo ha propuesto a la Iglesia Universal como faro luminoso, por su santidad y doctrina, en esta hora de la historia.

En nombre de los innumerables peregrinos y devotos, que han tenido y tienen a San Juan de Ávila como Maestro en su seguimiento a Cristo, queremos agradecer de corazón todos los esfuerzos realizados para alcanzar este momento tan deseado por generaciones de sacerdotes, consagrados y laicos, y del que ahora nos corresponde a nosotros ser testigos.

Antes de ofrecer a la veneración el relicario que besan los peregrinos como culmen de su peregrinación en este Año Jubilar, permítanme que ofrezca igualmente, a la Iglesia en España, a través de sus pastores aquí reunidos, este Santuario y el proyecto de futuro que entraña, como lugar privilegiado donde encendernos en el fuego de amor a Jesucristo que ardió en el pecho del Santo Maestro, de su estilo de servir a la Iglesia, de su ejemplo como audaz e infatigable evangelizador; para que, con sus sabios consejos, la Iglesia, y especialmente sus sacerdotes, podamos renovarnos en la fe y reformarnos en las costumbres, según los deseos de Dios.

Sean pronunciados los consejos del Maestro continuamente entre nosotros; lo que dijera a los obispos de entonces bien puede repetirse hoy: “Alcen los ojos vuestras señorías al Hijo de Dios puesto en una cruz, desnudo y crucificado, y procuren desnudarse del mundo y de sí mismos, para que así sean en todo semejantes a Jesucristo y sea su embajada más eficaz y fructuosa. Mueran a todo y vivirán a Dios, y serán causa para que otros vivan”.